



Ías tranquilos en Filmoteca



Ricardo me telefoneó un día de otoño de 1992. Antes, claro, casi desde su retorno a Valencia, mi colaboración con la Filmoteca había sido incesante: artículos, libros, presentaciones, ciclos. Quizá fuera una casualidad que mi interés por la vanguardia coincidiera con un proyecto de Ricardo para Filmoteca que jamás llegó a cristalizar: Encuentro fallido que, lo sé, no fue el único de su vida ni, por supuesto, de la mía. En cualquier caso, la llamada no era usual y la entrevista que le siguió no se celebraba en un sencillo y conocido despacho del sexto piso, sino en una estancia superior, en una oficina demasiado recargada para mi gusto. El azar, que tiene sus reglas, ha querido que ésta sea la actual morada de la revista. Ricardo, entre sarcasmos y una cascada de hábiles maldiciones contra poco menos que la humanidad entera, me ofreció la dirección con libertad completa de *Archivos de la filmoteca*, la cual desfallecía perezosamente en aquellos tiempos de pequeños dramas domésticos. No faltaron quienes me auguraron una escasa vida 'con el abuelo' ni quienes, por avatares que sería obscuro relatar, profetizaron el fracaso inminente del proyecto por falta de colaboradores. Todavía hoy me sorprende que yo, que no era precisamente un personaje consensuado en este mundillo, obtuviese la confianza y la carta blanca de Ricardo.

Desde aquel día, esta revista ha atravesado momentos inciertos. En verdad, no atino a recordar un solo instante de tranquilidad y certeza en el futuro. Junto a Vicente Benet, quien me ha acompañado en esta empresa desde el mismo inicio, sentía cada cuatro meses que preparábamos el último número y no precisamente por los malos augurios que me habían hecho algunas esfinges de la profesión. Y, sin embargo, Ricardo, quizá sólo Ricardo, estaba ahí, pronunciando la palabra adecuada, sobria y cáustica a la vez, pero renovando su confianza con la firmeza con la que siempre apostó por sus amigos. Varias veces, temiendo una inminente debacle, recurrí a él, directa o indirectamente, y no hubo una sola en la que flaqueara su brazo cuando lo hacía el mío. Su respeto llegó a defender a capa y espada incluso cosas que sabíamos no podían entusiasmarle. Me asalta en estos últimos meses la duda de si es legítimo que tan precarias páginas, tantas veces amenazadas de derribo, hayan sobrevivido a quien las creó y las defendió con una generosidad imposible de adjetivar:

* * *

Mi deuda con Ricardo es insalvable, moral y hoy por desgracia biológicamente. Pero me consuela pensar que nuestra relación fue también serena, intensamente apacible, tan en la sombra, me gustaría pensar, como muchas de sus tareas de antaño. En los períodos de aislamiento y olvido, fue él la figura que respaldó mi trabajo sin hacer demasiado ruido y, sin hacerlo, también yo intenté a mi manera agradecerse. Fue (y me parece mágico) un día a día que no sufría desgaste, una cotidianeidad sin sordidez.

Siempre que hablamos de los demás, y más si se trata de seres queridos, lo hacemos fatalmente de nosotros mismos. Por eso no me llamo a engaño: también el dolor es una forma de narcisismo, como la virtud —los Padres de la Iglesia bien lo sabían— suele ser uno de los revestimientos de la soberbia. No deja de maravillarme el decoro de Ricardo conmigo, él tan dispuesto a cabrear en cualquier momento. Hoy lo considero su mejor regalo. El precio de este decoro fue posponer innumerables preguntas de cuya respuesta habría aprendido tanto. La pasión de Ricardo me hacía pensar, contra toda lógica, que siempre estaría allí para responderme.

* * *

Ricardo regresó poco más tarde a la sexta planta. Abandonó responsabilidades de gestión que otros consideraban más elevadas y retornó al lugar que jamás debería haber abandonado (y en mi memoria, al menos, no abandonó jamás), a una morada más menuda y con el *leit-motiv* de sus tiempos postreros: su Filmoteca. Y también esto me enternece, pues siento que la obsesión por lo que él llamaba su verdadero proyecto primó en esta ocasión sobre las mieles del éxito. Descendió, pues, a su Filmoteca y alimentó día a día neuralgias propias de un jovencito de casi ochenta años que se pregunta qué hará dentro de unos cuantos cuando haya conseguido aquello que hoy le quita el sueño. Siguió refunfuñando y recortando trocitos de periódico, que pinchaba puntualmente en un tablero y mostraba a todo visitante. A veces resultaba incomprensible verlo indignarse ante las declaraciones de cualquier personaje de la cocinilla valenciana y recordar que una hora antes, frente a mis estudiantes de historia del cine, el nombre de Ricardo Muñoz Suay aparecía ligado a grandes hitos del cine español. Quizá él mismo se perdiera en los detalles de su densa vida de antaño hasta extraviar la identidad de su pasado. En cualquier caso, el Ricardo de la sexta planta borraba con su sonrisa, sus latiguillos (siempre recordaré ese '¿verdad?' con el que reclamaba la atención y el asentimiento casi ontológico de su interlocutor) y sus explosiones verbales, al Muñoz Suay histórico, el que un día ya muy lejano acudió a boicotear un mítin de Kerenski o convenció al exiliado Buñuel para que rodara una película en España o se había visto envuelto en mil trifulcas de las que aún hoy poco se sabe. ¡Lástima no haber sabido en cada momento que no había uno sin el otro!

Francamente, y recuerdo haberlo comentado en secreto, nunca vi a Ricardo retirado, escribiendo plácidamente sus memorias, como él prometía desde



sobre el azar

R

icardo

hacía mucho tiempo. Su espíritu impulsivo, su entusiasmo por cosas, incluso minúsculas, que quizá no merecieran tantos desvelos, me hicieron pensar más de una vez que ese hombre carecía de la serenidad que suponemos a los ancianos. Y acaso sea esto un motivo de mi cariño: por su extraña inmadurez, por sus estallidos de fresca e intempes- tiva juventud, por su tenaz resistencia a convertirse en un anciano. No puedo negarlo, a veces, mientras él me hablaba, me pregunté cuán temible debía haber sido este hombre cuarenta años antes. El azar hizo una vez más de las suyas: a Ricardo le falló la vida en el justo momento en que comenzaba sus vacaciones y veía llegando (pues el participio me parece aún hoy improbable) el punto de no retorno, el abandono de la pasión de todos los días. Es curioso constatar cómo algunos hombres precisan de la paz, hasta el punto de que cualquier acto social, incluso amistoso, les resulta insostenible, y otros, en cambio, necesitan invertir una pasión desmedida incluso en aquello que no merece la pena.

* * *

Es muy posible que el tiempo apacigue los ánimos, quizá la frialdad de la historia dé cabida a esa figura de promotor o sencillamente motor que fue Muñoz Suay en varias etapas decisivas del cine español y, si ello sucede, deberá hacerse con todo el rigor y la frialdad que la razón impone a la escritura de la historia. Los más optimistas, y algún que otro oportunista, se frotan ya las manos esperando que su biblioteca, ese pozo que Ricardo consideraba su más valioso tesoro, sus verdaderas memorias, abra sus frutos a los investigadores. Puestos a soñar, cabe la esperanza (que será, como todas las esperanzas, seguramente decepcionada por los hechos crudos) de que algunos de los misterios del cine español sean esclarecidos para siempre. Puede que un día u otro estas cosas ocurran, aunque tampoco me sorprendería que el interés fuese decreciendo con el transcurso del tiempo y la pereza se apoderase de nuestras mentes, pues queda mucho camino por recorrer hasta que los historiadores empecemos a concebir la historia del cine dando cabida a otra cosa que a los grandes nombres de realizadores.

De lo que no cabe ninguna duda, y es desolador pensarlo así, es que las largas mañanas soleadas que transcurrían, con una placidez a veces exasperante, en un sofá y entre oleadas de un asfixiante calor mediterráneo, en un modesto despacho de un sexto piso que olía intensamente a ese puro habano que le deshacía los pulmones día a día, mañanas acompañadas con una voz que discurría, como en un enigmático *collage*, de Vargas Llosa y García Márquez, de la restauración de una película o de una ridícula factura que no conseguía hacer firmar al funcionario de turno, esos días, y algo de desamparo hay en esta convicción, ya no volverán jamás ○

VALENCIA, A 22 DE OCTUBRE DE 1997